

RESEÑA DEL LIBRO
*LA ECONOMÍA DE LA PROSPERIDAD:
REPENSAR EL CRECIMIENTO
Y EL DESARROLLO ECONÓMICOS*
de Shawn Ritenour*
Cheltenham, RU: Edward Elgar,
2023. IX +, 236 páginas

DAVID GORDON**

Para muchos economistas, el crecimiento económico es un misterio. Cuando habla de “crecimiento económico”, Shawn Ritenour se refiere principalmente al progreso económico en los países menos desarrollados (PMD), pero su receta para el crecimiento se aplica universalmente. ¿Por qué es un misterio el crecimiento? Ritenour explica por qué en este excelente libro: “De hecho, una de las principales razones por las que la macroeconomía moderna no ha resuelto el misterio es que en su conjunto (me atrevo a decir, en lo agregado) su enfoque analítico no fomenta ni formular ni responder las preguntas correctas”.

Este punto plantea otra pregunta: ¿cuál es el enfoque analítico de la macroeconomía moderna? Su objetivo es acercarse lo más posible al método utilizado en las ciencias físicas. Para hacer esto, los macroeconomistas modernos construyen modelos matemáticos, deducen predicciones comprobables de los modelos y luego ven la cercanía entre estas predicciones y los datos. Ritenour dice sobre esta forma de hacer las cosas:

“Los problemas fundamentales con los modelos económicos son dos. Debido a sus supuestos enrarecidos, los modelos utilizados por los macroeconomistas modernos proporcionan resultados que

* Originalmente publicado en inglés en *The Quarterly Journal of Austrian Economics*. Vol. 26, n° 3, XX-XX, Otoño de 2023, www.qjae.org

** David Gordon (dgordon@mises.org) es miembro sénior del Instituto Mises.

nos distraen o son irrelevantes para el mundo real. [...] A pesar de lo anterior, muchos economistas trabajan con modelos debido a un compromiso declarado con lo que se percibe como teorización científica. Paul Samuelson (1952) abrazó la economía matemática porque afirmó que era más precisa y rigurosa que la prosa verbal."

En lugar de aferrarse a esta *fata morgana*, los economistas deberían seguir el método "causal-realista" de la Escuela Austriaca. Los economistas austriacos interesados por el desarrollo económico no ven el PIB como un bloque agregado cuyo "crecimiento" deba maximizarse. Su objetivo es más bien la "eficiencia dinámica", término que Ritenour toma de Jesús Huerta de Soto. Este objetivo:

"tiene plenamente en cuenta la naturaleza de la acción humana y el mundo en el que el empresario vive y se dedica a la producción. En cualquier proceso empresarial siempre aparecerán nuevos ajustes, por lo que es inevitable una cierta cantidad de desperdicio, que es asimismo inherente a cualquier economía de mercado. Es posible que la sociedad no alcance el óptimo estático de Pareto, pero todos sus miembros disfrutan de una mayor prosperidad si la creatividad empresarial mejora constantemente las posibilidades productivas de todos, con un flujo creativo continuo de nuevos fines y medios que, antes de la actividad empresarial, ni siquiera se habían previsto."

El intento de lograr una eficiencia dinámica así definida no debe confundirse con otro objetivo que lamentablemente ha engañado a algunos de los que se alistan bajo la bandera austriaca. Estos economistas aceptan los modelos macroeconómicos como un hecho y buscan sus fundamentos microeconómicos. Ritenour sugiere que se trata de una empresa inútil.

¿Cómo puede entonces una economía lograr una eficiencia dinámica? Ritenour identifica cuatro factores principales como responsables, dedicando un capítulo a cada uno. Uno de los factores, el emprendimiento, ya se ha mencionado en la definición de eficiencia dinámica, y los tres restantes son la división del trabajo, el capital y la tecnología. Estos factores no deben verse como líneas separadas de fuerza. Están vinculados entre sí para formar un todo unificado.

Evidentemente, si cada persona tuviera que producir por sí misma o con unos pocos miembros de su familia todo lo necesario para sobrevivir, la humanidad perecería enseguida. Sólo la división del trabajo hace posible la especialización, que amplía enormemente el ámbito de la producción. Pero esta expansión depende de la capacidad de las personas para intercambiar con otros lo que han producido. “[Adam] Smith bromeó diciendo que la división del trabajo está limitada por la extensión del mercado”. En su análisis del comercio y su importancia, Ritenour nos advierte acerca de una falacia en la que han caído muchos pensadores eminentes, entre ellos Aristóteles. La falacia es que en un intercambio los bienes intercambiados se valoran por igual. Precisamente ocurre lo contrario: en un intercambio hay una doble desigualdad. La gente negociará si cada uno valora más lo que obtiene que aquello a lo que renuncia. Si intercambio mi manzana por tu naranja, yo prefiero una naranja a una manzana, y tú prefieres una manzana a una naranja.

Pero ¿por qué la especialización aumenta la productividad? Ritenour distingue dos puntos de vista principales. Uno supone que las personas comienzan siendo fundamentalmente iguales en talentos naturales pero, una vez que se especializan, se vuelven más adeptas a lo que hacen de lo que habrían sido si su tarea hubiera sido sólo una entre muchas otras. Por el contrario, el otro punto de vista enfatiza las diferencias entre personas y entornos. Ludwig von Mises y Murray Rothbard defendieron firmemente este último. “¿Qué explica las diferencias en los costes relativos de producción para diferentes personas que subyacen en la ley de la asociación? La respuesta corta es la variedad que encontramos tanto en los humanos como en la naturaleza”.

La cita anterior menciona la “ley de la asociación”, y esta ley es una de las ideas más importantes de la Escuela Austriaca, desarrollada especialmente por Mises. Es sabido que David Ricardo demostró que el comercio internacional entre dos bienes puede ser beneficioso para ambas naciones, incluso si una de ellas produce mejor ambos bienes que la otra. La nación que esté en peor situación en la producción de ambos probablemente será menos mala en uno de estos bienes que en el otro, y este bien es su ventaja comparativa. Debería especializarse en producir ese bien, y la otra

nación en producir el bien en el que su superioridad es mayor. Ricardo demostró que hacerlo aumentará la producción total de ambos bienes. El argumento puede extenderse fácilmente a los intercambios de más de dos bienes.

Pero Ricardo cometió un error. Pensaba que la ventaja comparativa se aplicaba sólo a las naciones; pero que, dentro de una nación, las clases económicas estaban en desacuerdo entre sí. Mises demostró que la ventaja comparativa se aplica tanto dentro de una economía como entre naciones. Las personas que participan en el comercio lo hacen en beneficio mutuo, y el ámbito del comercio se extiende a todos, independientemente de cómo se comparen sus capacidades con las de los demás. A menudo, los defensores del libre mercado son acusados de "darwinismo social", pero el libre mercado es en realidad un área de cooperación social, no un área de lucha despiadada para determinar "a supervivencia del más fuerte".

La división del trabajo, a medida que avanza más allá de un nivel primitivo, requiere herramientas, y esto nos lleva al segundo factor de Ritenour, el capital. Para producir una herramienta, es necesario posponer el consumo inmediato, debido a la mayor productividad que la herramienta hace posible. A medida que se producen más herramientas, la productividad continúa aumentando, pero al hacerlo, un principio básico de la acción humana se convierte en destacado: la preferencia temporal. "La gente prefiere que sus fines se alcancen en el menor tiempo posible. Cuanto menos haya que esperar, mejor. La existencia de la preferencia temporal es el origen del interés". Si esto es así, entonces, manteniendo constante la tecnología, un aumento en la producción siempre requerirá un proceso más largo. Debido a la preferencia temporal, todos los procesos de producción más cortos ya se habrán desarrollado. Ritenour ilustra el desarrollo de lo que los economistas austriacos llaman la "estructura de producción" al describir con detalle cómo se prepara un pastel de chocolate, detallando los pasos requeridos hasta la producción de las herramientas e ingredientes que necesita el cocinero. Parece que el autor está muy familiarizado con los pasteles deliciosos y le da en el punto exacto de la estructura de producción, ¿o deberíamos decir que se lo da al postre?

Para ampliar la estructura de producción, los empresarios necesitan del dinero para poder calcular el uso más eficiente de sus

bienes de capital. A menos que los factores de producción sean adecuados para fabricar un solo producto, e inútiles para cualquier otro, la tecnología no dicta la mejor manera de utilizarlos, es decir, de hacerlos “más rentables”, porque es mediante la búsqueda de ganancias como los empresarios son capaces de satisfacer las demandas de los consumidores. “Descubrimos, por lo tanto, que la magnitud del capital de una empresa tiene sus raíces en última instancia en el valor subjetivo de los consumidores e inmediatamente en los juicios subjetivos de los empresarios, que evalúan sus factores cuando toman decisiones sobre la adquisición o liquidación de activos específicos o incluso empresas enteras”. El cálculo monetario conduce a otro concepto de capital además de los bienes de capital, y éste es el de “capital” en el sentido del valor monetario de los bienes de capital. En el cálculo de este valor intervienen muchas complejidades, en las que no entraremos. Baste decir que Ritenour presenta un relato erudito, que responde plenamente a las muchas dificultades del tema.”

Con los dos factores restantes del crecimiento económico, la tecnología y el espíritu empresarial, podemos ser más breves, ya que gran parte de lo que es necesario decir sobre ellos ya se ha abordado. Muchos economistas *mainstream* ponen un gran énfasis en las innovaciones tecnológicas al explicar el crecimiento económico, y el famoso “Modelo de Solow” es un excelente ejemplo de este énfasis, pero esa no es la visión austriaca del asunto. Siempre hay abundancia de ideas, pero éstas requieren ahorro e inversión para llevarse a cabo. Citando a la economista india Sudha Shenoy, Ritenour dice: “Apelar al progreso tecnológico ignorando el ahorro y la inversión necesarios para hacer operativa la tecnología es omitir al príncipe de Dinamarca en Hamlet y colocar a Rosencrantz y Guildenstern al centro del escenario”.

El papel crucial del empresario es dirigir todo el proceso de producción: no opera por sí solo. En su desarrollo del tema, Ritenour explica cuidadosamente las diferencias entre los conceptos de emprendimiento de Israel Kirzner, Joseph Schumpeter y la explicación causal-realista de Joseph Salerno y Peter Klein. No sorprenderá que Ritenour prefiera esta última, señalando la importancia vital del hecho de que el empresario capitalista arriesga su propio dinero. La noción de Kirzner sobre el emprendedor implica

giros y desvíos laberínticos, pero no es capaz de explicar por qué los emprendedores sufren pérdidas.

Los cuatro factores del crecimiento económico que Ritenour ha descrito con tanto detalle no pueden funcionar en el vacío. Para su florecimiento, requieren un “entorno institucional” adecuado, y éste consiste en un sistema económico de derechos de propiedad privada asegurados, sin que el gobierno se entrometa en la economía. La división del trabajo requiere comercio y, como observa Ritenour, no se puede comerciar con lo que no se posee. Ritenour ataca duramente las propuestas para interferir con el libre mercado, y me ha parecido especialmente impresionante su repri-menda a los nacionalistas económicos que exigen que el gobierno aumente el número de empleos manufactureros estadounidenses.

La economía de la prosperidad muestra maravillosamente cómo se relacionan entre sí los principales conceptos de la economía austriaca y los lectores del libro tendrán una buena idea del poder del análisis causal-realista austriaco. Y Ritenour merece elogios por algo más. La *Historia del pensamiento económico* de Murray Rothbard es una maravilla de erudición, pero Ritenour ha llamado la atención sobre un importante economista estadounidense, Francis Wayland, que no se menciona en ninguno de los volúmenes de la exhaustiva obra de Rothbard.